

**De colores, como la vida****Carlos García (El Puerto de Sta. María, CA)**

El Decreto de escolarización permite en Andalucía que los pobres elijan colegio. En igualdad de otras condiciones, pueden ejercer este derecho porque la normativa concede más puntos cuanto menor sea la renta familiar. Además el mismo Decreto obliga a las escuelas a guardar 2 plazas para alumnos de familias más necesitadas económicamente, y otras 2, para alumnado con otro tipo de deficiencias. De este modo los hijos de inmigrantes, que además, no suelen andar sobrados de dinero, lo tienen fácil para acceder al puesto escolar que deseen.

Unos hacen la ley, otros la trampa y los primeros, que llevan casi treinta años gobernando en Andalucía, miran hacia otro lado y permiten lo que ocurre. A fin de cuentas, los pobres van perdiendo la capacidad para protestar y aquí votan al que manda; y los que vienen de fuera ni votan ni protestan. En cambio, otras familias se organizan, exigen sus derechos. Algunas son las que han hecho las leyes en el Parlamento. ¡Cómo no van a saber! De hecho, los hijos del Jefe se han educado en un colegio de elite de El Puerto. Se ahorró pasar por el proceso de escolarización. Hay que reconocer, en su favor, que tampoco compitió con nadie por la plaza escolar. La pagó.

Volvamos al asunto. A pesar de lo fácil que se lo pone la ley, los inmigrantes-pobres terminan, la mayoría, en las escuelas públicas. *En las posadas más confortables no hay sitio para ellos.* (De demagogia, nada. Que lo estás pensando). Los dos centros públicos de El Puerto con

menos matrícula son los que tenían el curso pasado más alumnado extranjero. Este año solo tengo datos de donde yo trabajo y hay uno más. En Madrid he leído que ocurre algo parecido.

En la escuela donde trabajo hay ahora 277 matriculados de los que 25 son inmigrantes (4 de Marruecos, 10 de Bolivia, 3 argentinos, 1 colombiano, 1 rusa, 1 brasileño y 5 de EE.UU.).

Todos se han integrado perfectamente. Quiero decir, no peor que los demás. Son educados y respetuosos. Bastante más que la media. Aportan poco de su propia cultura porque son muy pequeños y hacen por ser como los demás. Los argentinos, bolivianos y colombiano poseen una riqueza léxica envidiable. Los de Infantil se sorprenden los primeros días al oír otros idiomas. Son volubles, criaturas, y la novedad se convierte pronto en rutina. En general están mucho tiempo en la escuela (entre 8 y 9 horas diarias contando las lectivas, el aula matinal, el comedor y otras actividades). Las familias se integran menos, porque trabajan muchas horas. Alguno recibe apoyo para aprender español. En general no precisan de más refuerzo.

No bajan el nivel. Ni lo suben. Entre los 25 hay un fuera de serie como hay dos o tres entre el resto del alumnado.

Sólo me queda decir que estamos muy contentos con estos alumnos y que esta escuela se pinta de colores diversos. Como la propia vida.

**Cielos de hormigón****Sonsoles Fiallegas (Peñaranda, SA)**

A la una de la tarde llegué a la redacción del periódico intentando ocultar con unas gafas de sol el cansancio acumulado en una noche entera de trabajo buscando documentación para un nuevo artículo. A punto de dejar el bolso sobre mi mesa la voz de la directora sonó alta y clara desde su despacho: ¡Lo que faltaba! - pensé. Cuando me tuvo frente a frente se limitó a pasarme un papel con un número de teléfono móvil, y un nombre, Manolo.

- Ponte en contacto con él. Es un cura que atiende varios pueblos de tu zona. Quiere que hagamos un reportaje en plan humano sobre la situación de los temporeros portugueses. Lo quiero para hoy y no valen las excusas.

Marqué aquel número con absoluta desgana y pidiendo a mi suerte que el tal Manolo no descolgara, pero al segundo tono una voz cálida y joven comenzó a descubrirme las cualidades de aquel hombre.

Apenas tres horas después me encontraba frente a la iglesia de Huerta soportando estoicamente el calor asfixiante de una tarde de julio poniendo a punto la cámara digital y por qué no decirlo también las ideas sobre cómo afrontar una experiencia de este tipo. Por una de las estrechas calles que desembocaban en la plaza apareció un pequeño coche azul y su conductor me hizo una seña invitándome a subir.

En apenas cinco minutos, Manolo hizo un sencillo análisis de la grave situación en la que vivían las tres generaciones de una misma familia a la que íbamos a visitar. A unos tres kilómetros del pueblo tomamos un pequeño camino que conducía al río y dejamos el coche a una prudente distancia del campamento. Caminando apenas unos metros, unas enormes lonas ocultaban debajo del puente los vehículos, enseres, animales y sueños de aquella gente que tenía por cielo una enorme masa de hormigón forjado.

Manolo comenzó a charlar animadamente con todos ellos que, a esas horas de la tarde, jugaban a las cartas sentados en el suelo esperando que el cura les trajera buenas noticias sobre algún trabajo para el día siguiente.

- En el pueblo comentan que desde que andáis por aquí han desaparecido un saco de patatas en una casa y un par de litros de leche en otra. Imagino que vosotros no sabéis nada de esto, -les dijo el cura.

- Claro que no, padre. Usted sabe que la comida no nos sobra, pero no la robamos. Es muy fácil acusar a los gitanos, mercheros o quinquis, como nos llaman ellos. Mire, hoy *la Mari* ha *guisao* los macarrones que nos trajo ayer la Cruz Roja y es *to* lo que tenemos.